

INSOSTENIBLES INJUSTICIAS DE LA NUEVA HISTORIA SOCIAL CHILENA EN EL CHILE DE HOY.¹

*Alejandra Araya Espinoza
Profesora Universidad de Chile*

RESUMEN

Esta presentación fue solicitada para debate y una polémica productiva con la Nueva Historia Social Chilena, principalmente en sus criterios respecto a qué es lo social, así como a su definición de sujeto social e histórico en torno a la cuestión de la exigencia de contar con un “proyecto” para otorgarle tal calidad. Este último aspecto excluye a otros sujetos que compartirían condiciones de marginalidad, pobreza y dominación, como también—contradictoriamente a las denuncias de esa misma historia social— remite a esos actores a los paradigmas clásicos de lo que se entiende por proyecto social, es decir, político, y aunque denuncia al Estado como responsable histórico de la situación desmedrada e injusta del sujeto social popular, y más ampliamente del bajo pueblo, ha encerrado esa historia en la historia del Estado y en el siglo XIX. Ante esto, se propone ampliar el análisis vinculándolo con otros desarrollos de la historia social y la inclusión de otros problemas y actores para hacer una historia social de la dignidad humana.

Esta presentación se propone polemizar con la Nueva Historia Social Chilena que hoy deviene, a mi juicio, en “tradicional” o que por ello puede “anquilosarse”. ¿Por qué razón la historia social en nuestro país se ha volcado preferentemente, o convencionalmente, a los márgenes del Estado y del Estado decimonónico?

Esto ha sido dado por la propia historia de exclusión y de estrategias de poder de las oligarquías del XIX cuyo proyecto incluía las definiciones de la nación y de ciudadanía excluyentes y, en paralelo, a la inserción de esas economías locales en el sistema mundial. Este proceso, también contenía la construcción de la legitimación de esa historia, desde el relato de la Historia con mayúscula en que los grupos de poder económico y político eran los protagonistas y el Estado en sí. De este modo, lo social cobró la dimensión de la denuncia de la exclusión de todos los Otros, entendidos como sectores populares o bajo pueblo, o proletariado que se entendían en virtud de estos mecanismos de dominación tanto en sus particularidades, su toma de conciencia, su identidad, su papel en la historia, sus proyectos. También se trataba de dar cuenta del proceso de configuración de las Elites merced a las políticas de exclusión, de explotación hacia el bajo pueblo de modo dialéctico. Si bien se trataba de trazar una genealogía del “pueblo” desde su “derrota” en 1973, gran parte de los trabajos se remiten a repetir un discurso político aplicable a todo tiempo lugar, y si bien también se propone una historia del proceso de generación de una identidad popular que anima el proyecto social y la lucha de clases, sigue siendo el Estado el protagonista y la política—en su forma más tradicional— el marco teórico más utilizado. Tímidamente asoman criterios como el de resistencia cotidiana, subalternidad, construcción social de la realidad, reconstrucción de identidades múltiples e históricas, prácticas



sociales y políticas, etc. que por cierto no son “novedades” en otras formas de hacer historia social. Por lo tanto, aquí el nudo parece estar entre historia y cambio social, así como entre conocimiento aplicado al cambio social y nueva teoría política y entre historiador e intelectual de vanguardia en el cambio social. Siendo esto relevante, lo que ha resultado es reforzar el predominio del siglo XIX el lugar de la Historia con mayúscula en nuestro país, el golpe de 1973 el “fin de una historia” y único referente posible para historia lo “importante”, continuidad con los modelos masculinos de historiar y pensar la historia por el bajo pueblo casi siempre son hombres que cumplen su rol históricamente construido: pensantes y actuantes, valerosos, astutos, pero derrotados.

La Nueva Historia Social Chilena supone hacer de la historia, en tanto saber sobre el pasado o del presente hacia una genealogía en el pasado, una batalla por la inclusión, por ganar el derecho a la ciudadanía y el reconocimiento, por hacer de los marginados el centro de esa historia. Estoy de acuerdo con ello, me adscribo a ello, y si bien de uno u otro modo se ha podido insertar esta otra historia en los debates sobre la historia, en la enseñanza universitaria y en la investigación, aún es difícil leer una historia hecha desde otros lugares en los textos escolares o en los escasos debates públicos que involucren a esa Otra historia. Gracias a este combate contra la historia oficial local, es que hace más de diez años ronda esta inquietud por la historia social.

Ahora bien, el conocimiento sobre lo social no puede desvincularse de su propio objeto, ni los sujetos de sus prácticas. De este modo, creo que se vive hoy una suerte de diálogo de sordos que ignora a la propia historia, en tanto experiencia en el tiempo, en sus discusiones. La Nueva Historia Social chilena está cruzada por los debates políticos de los años 50-60 y 70 y con el eje Unidad Popular-Dictadura militar. Y eso está bien, pero puede producir hondas frustraciones confundir las propuestas conceptuales e intelectuales con lo que a cada cual le compete, o con lo que se compromete en tanto sujeto y actor en su presente y propia historia. La proyección de nuestros propios deseos sobre el presente y el futuro puede hacer exigencias a otros actores del pasado respecto de cuestiones que no estaban en sus horizontes. Comprender las lógicas de los sujetos en otro tiempo, no es necesariamente tener respuestas al presente. Así como podemos buscar una historia de la resistencia y la insubordinación, podemos tratar de entender por qué no se da la resistencia a la dominación y por qué por mucho que deseemos no se produce el cambio, ni la insubordinación de aquellos que debieran “naturalmente” hacerlo. No es tan simple como invocar al sistema, al capitalismo, a las oligarquías, al poder. Hay que hacer más complejas esas afirmaciones en tanto los sujetos somos complejos y no nacemos con conciencia del mundo en que estamos, sino que nos podemos apropiarse de él de acuerdo a nuestras propias experiencias y posibilidades. Así, un poblador, un pobre, un huacho, una madre soltera, un vagabundo, u otro, no por el hecho de serlo sabe lo que puede ser en otras historias ni debe tener conciencia de su situación en las estructuras del poder. No todo lo que hace es contra el sistema de dominación, ni actúa en función del Estado.

En esta perspectiva, esta historia social, se relaciona más bien con la historia política tradicional: revueltas, protestas, grupos organizados, resistencia política. Es la historia de la cuestión social, más que conocimiento de lo social. La historia social –más allá de Chile y en otros tiempos en Chile– es también la historia con otros cruces desde la dominación, como el género, la subalternidad, los mecanismos de construcción de identidad, lo simbólico, las redes y estrategias de poder de los de arriba, las estructuras familiares y de reproducción biológica, los modos de circulación de las ideas y de las prácticas, etc. La Nueva Historia Social en Chile actual excluye y desvaloriza otras entradas y formas de hacer, como la etnohistoria y discute sobre si esta es historia, o la plantea como historia indígena en tanto actores políticos en función del Estado Nacional o la historia de las mujeres sólo es valorada si es la de la mujer popular, sin explicar lo que se entiende por popular. Estoy generalizando, lo acepto, estoy tratando de denunciar el peligro de convertirse en tradicional más que a la historia, a los historiadores sociales como se les entiende en nuestro país. Así, me hago otras preguntas: ¿puede dialogar esta historia y enriquecernos como país, con la de nuestros vecinos? ¿En torno a qué preguntas y problemas propios se plantean los trabajos de los historiadores sociales en Argentina, en Brasil, en México u otro lugar? ¿Es exclusivo de la historia nacional el peonaje, el asalariado minero, las estrategias y alianzas de poder, el mundo urbano, los tópicos de las revueltas y de los movimientos obreros organizados? ¿No nos exige, acaso hoy, nuestro presente pensar y pensarnos más allá de nuestros estrechos límites cultural y simbólicamente construidos?

Yo quiero hablar de una historia social, que en el momento que vivimos, exige a gritos construir discursos y protecciones a las personas justamente debatiendo sobre ese concepto: el de persona, la dignidad humana que incluye las claves económicas y políticas estatales, pero es más que eso, es más profundo ¿Por qué somos el país con más altos índices de maltrato infantil, con violencia doméstica, con agresiones físicas entre los jóvenes, con alcoholismo destructivo, depresión y consumo de fármacos? ¿Esos no son problemas sociales urgentes a los cuales también tenemos que dar respuesta y para los cuales la lucha social clásica, y de clase no sirven porque la respuesta es una fórmula mágica que nada explica: el sistema, los ricos, el capitalismo, hegemonía?

La propuesta de la historia social del bajo pueblo, para Chile, y la del proyecto social popular como proyecto histórico, abrió muchas puertas y dotó de sentido y significado a aquellos que querían construir la genealogía del mismo en nuestro país en la década del 90. La identidad del bajo pueblo se nutría de una experiencia socio-histórica común de opresión y violencia hacia un proyecto inmanente a su condición de popular. Sin embargo, esta perspectiva sugerente, atractiva, esperanzadora y provocadora, deja fuera cuestiones importantes de lo social: ¿quién es ese bajo pueblo identitariamente e históricamente? No somos sólo sujetos oprimidos, somos hombres y mujeres, descendientes de indígenas de diversos grupos y no sólo el Mapuche, somos descendientes de esclavos, de varios mestizajes, nos relacionamos de algún modo con el poder, o estrategias de poder, vivimos en espacios y tenemos usos



cotidianos que pueden ser más importantes a la hora de nuestra acción pública, social y política, que la experiencia de la opresión, o el salario que ganamos o los principios a los cuales adscribimos luego de un largo proceso de aprendizaje, de socialización y también de azar. La experiencia de la dominación también construye identidades tradicionales y no revolucionarias, ni críticas ¿O lo que no están contra el Estado y la oligarquía no tienen cabida en lo social? ¿Si la construcción del Estado Nacional puede dar cuerpo a ese objeto-sujeto popular, no es posible entonces pensar-lo sin el Estado y otorgar la esperanza de poder pensarnos de otro modo y actuar de otro modo sin descalificaciones, aunque con decisión?

¿Necesitamos un tipo de historia social para legitimar nuestra acción social en el presente o necesitamos reconstruir lo social ausente? Es decir, la falta de diálogo efectivo, de experiencias colectivas, de arriesgarse a conversar, de responsabilidad frente al pasado y ante las nuevas generaciones, a imaginar nuevas comunidades e identidades, aprender a vivir en un mismo tiempo con diversas generaciones y proyectos, a no hacernos caricaturas de nosotros mismos y pensarnos con otras categorías de sujeto, de individuo, de persona, de colectivo, más liberadores y sanos psíquicamente. Ha sido mucho más efectivo lo que se ha hecho, desde este enfoque de lo social, en las prácticas sobre los derechos de la mujer, del niño y de lo humano que del proyecto social que finalmente se debate en un pobre ambiente intelectual, es decir, mucho panfleto irresponsable. ¿Y si dejamos de pensar paternalistamente respecto de los sujetos populares y nos escuchamos luego de tanto tiempo de trincheras y de dolor? Como en muchos otros temas, nuestra idiosincrasia apresada entre mar, cordillera, desierto y hielos, y en el tiempo reciente entre cárceles, torturas e intolerancias que han dejado dolorosas cicatrices, la historia social en nuestro país sufre de provincianismo, de autoreferencia, autoritarismo, y dogmatismo.

NOTAS

¹ Discusión presentada en las *Primeras Jornadas de Historia Social*, organizadas por los Estudiantes de Licenciatura en Historia de la Universidad de Chile, jueves 2 de septiembre de 2004, Casa Central de la Universidad de Chile. Texto revisado por la autora en Agosto de 2006.